

ROMÁN ARCE MARTÍN

A la mitad del camino.....

COMEDIA EN UN ACTO ORIGINAL



A la mitad del camino.....

COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

ROMAN ARCE

Estrenada con gran éxito en el TEATRO PRADERA

de Santander el día 21 de Marzo de 1918



PRIMERA EDICIÓN

SANTANDER

Imp. Benito Hernández y Hermano. - Ribera, 15

1918

A mi buen amigo

Adolfo López.

A la mitad del camino *de mi laberíntica vida, me detengo un instante para darte un abrazo y ofrecerte, como prueba de buena amistad, este casi prólogo de lo que pueda ser de mí.*

Recíbelo con la misma fe que te lo dedica

EL AUTOR.

Al escelente galan y buen amigo.
Manuel Alvera

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA	Señorita Robles.
DOÑA SOL	Señora Cano.
PURA	Señorita Guerra.
SARITA	» Robles (C.).
CARLOS	Señor Cano.
PEPE	» Navas.
DON CÁNDIDO	» L. Serrano.
DON VICTORIO	» Guerra.
DON INOCENTE	» Dulac.
EL DOCTOR	» Picazo.
FORITO	» Campos.
CRIADO	» Ceballos.

DERECHA E IZQUIERDA, LA DEL ACTOR

EPOCA ACTUAL



ACTO UNICO

Jardín de un hotel en un balneario de la Montaña. Fachada del hotel a la izquierda. Algunos bancos y sillas de verano colocados por el jardín.

ESCENA I

Aparecen en escena doña SOL y sus hijas PURA y SARITA, en animado grupo, con don VICTORIO y don INOCENTE.

SOL. Pobrecito... el golpe ha debido ser terrible.

VICTORIO. Estas carreteras aún no están en condiciones; hasta que no se expediten no será éste el último suceso.

PURA. A mí no se me ha ido el susto todavía...

SARITA. Yo tengo el cuerpo que si me tocan se congela.

VICTORIO. Cálmense, señoritas, y procuren no impresionarse mucho.

SOL. Sí, hijas mías; calmaros, y sobre todo, tú, Purita, que estos disgustos te afectan mucho.

PURA. Es que estoy asustadísima.

SARITA. También yo; sólo que yo lo tomo más en frío.

VICTORIO. Así debe tomarse, porque aunque la desgracia ha sido grande, al fin se trata de una persona desconocida.

SOL. Tiene usted razón. Anda, Purita, por Dios, anímate; mira a tu hermana.

INOCENTE. No se afecte usted, señorita; no se afecte.

SOL. Tengo miedo, don Inocente; tengo miedo. Este susto va a costar una enfermedad a mi hija.

VICTORIO. Nada, señorita; cálmese, procure distraerse. Salga a dar un paseíto y no piense más en ello.

SOL. Tiene razón don Victorio. Anda, vamos a dar un paseíto... Mira, aquí sale el Doctor; él nos dirá.

ESCENA II

Dichos y el DOCTOR.

INOCENTE. Qué, ¿se presenta alguna complicación? ¿Es grave?
VICTORIO. ¿Habrá que amputar algún miembro?
SOL. Por Dios, don Victorio; Purita, hija mía, no hagas caso.
DOCTOR. Tranquilícense, señores. Nada de eso, por fortuna. El accidente no ha traído los resultados que temíamos.
SOL. Lo ves, hija mía.
DOCTOR. Se reduce simplemente a pequeños magullamientos sin importancia y el susto natural.
PURA. ¡Ay! Gracias a Dios.
SOL. Lo ves, hija mía. Pobrecita; es tan impresionable, que este accidente me hacía temer por ella.
DOCTOR. Pues tranquilícese, señorita. El caso, como ve, no tiene la importancia que primeramente creíamos. Tranquilícese, y usted lo mismo, Sarita. El forastero está fuera de peligro.
SARITA. Yo estaba menos asustada.
SOL. Sí. Mi Sarita también es impresionable, pero más en frío.
VICTORIO. Nos alegramos, Doctor. Se deslizaba tranquila y plácida esta temporada estival, y hubiera sido una verdadera contrariedad cerrarla con un accidente.
INOCENTE. Y diga usted, Doctor. ¿Se sabe quién es ese joven?
DOCTOR. Hasta ahora, todavía no.
VICTORIO. ¿No han encontrado en sus ropas algo que indique...?
DOCTOR. Sólo llevaba en sus bolsillos un talonario de cheques y algunas cartas que nos ha parecido indiscreto leer, porque el accidente carece de gravedad.
SOL. ¿Un talonario de cheques?
SARA. Y algunas cartas. Ya lo has oído, mamá.
INOCENTE. Será un joven de la aristocracia.
DOCTOR. Así parece. Cuando volvió en sí y me convencía de que el accidente carecía de gravedad, conversé un ratito con él y saqué la impresión de ser un joven distinguido y muy culto. En fin, ya tendrán ocasión de hablar con él porque le he mandado salir al jardín después de descansar un rato.
PURA. Según eso, ¿está fuera de peligro?
DOCTOR. Completamente, señorita. Vaya, les dejo a ustedes. Es la hora de acercarme al establecimiento; pronto empezará a llegar la colonia.
INOCENTE. Nosotros vamos con usted; no quiero retrasar mis horas.
DOCTOR. Como gusten.
VICTORIO. Estas aguas de Viesgo son lo más milagrosas que se conocen.
SOL. Tiene usted razón, don Victorio; y si no que me lo digan a mí. Gracias a ellas se me quitaron estos cólicos apáticos que me daban..

DOCTOR. ¿Cómo?
SARITA. Epáticos, mamá, epáticos.
SOL. Es lo mismo, hija mía. Epáticos o apáticos, el resultado es que no los tengo ya.
DOCTOR. Tiene razón su mamá. Vaya, señoritas, soy de ustedes...
VICTORIO. Hasta luego, doña Sol.
INOCENTE. Adiós, nenas. (Mutis Doctor, Inocente y Victorio, por la derecha.)

ESCENA III

Doña SOL, PURA y SARITA.

SOL. Ya lo habéis oído, hijas mías. Es un joven distinguido y con talonario.
PURA. Mamá, por Dios.
SOL. Hijas mías, parecéis tontas. Hora es ya de que os convenzáis de que en este estado estoy haciendo el ridículo.
SARITA. No será por falta de ganas.
PURA. Eso serás tú.
SOL. Y tú. Es necesario pensar algo serio; la temporada veraniega se está deslizando demasiado plácida, como dice don Victorio.
PURA. ¿Y qué culpa tenemos nosotras que ningún joven rico se nos haya acercado?
SOL. Porque no los buscáis. Tenéis que daros cuenta que los sacrificios míos y de tu pobre padre deben tener alguna compensación.
PURA. Es que tú tienes empeño en algo que parece imposible.
SOL. Sólo faltaba que en lugar de agradecer nuestro sacrificio en beneficio vuestro, encontraras un pretexto para reprocharme.
PURA. No, mamá; perdóname.
SOL. Hijas descastadas.
SARITA. Mamá, por Dios; no te pongas así, que te van a oir.
SOL. ¿Y qué? Me darían la razón.
PURA. Bueno, mamá; perdóname. ¿Qué quieres que hagamos?
SOL. Lo que os dé la gana. Al fin y al cabo, para vosotras hacéis.
SARITA. Y si luego resultara que este joven no puede casarse con una de nosotras porque esté comprometido o casado, que todo podía sucéder...
SOL. Con intentarlo nada se pierde. ¿Y qué mejor partido para vosotras que casaros con un joven distinguido que tiene cheques, ya lo habéis oído, y que le ha destrozado una moto?

ESCENA IV

Dichos y PEPITO, por la derecha.

PEPE. Muy buenas, doña Sol: ¿cómo va? ¿Y ustedes, señoritas?

SOL. Aquí estábamos haciendo un poquito de tiempo para ir al establecimiento; no quiero retrasar las horas. Me sientan muy bien estas aguas.

PEPE. (A las niñas.) Y a ustedes también. Cada vez están ustedes más bonitas.

SARITA. Gracias, Pepito.

PEPE. Las de ustedes. ¿Y su papá de ustedes? Este año no le hemos visto por aquí.

SOL. Pobrecito. Está muy entretenido con sus negocios. Ayer me escribió para decirme que marchaba a Asturias a vender unas minas.

PURA. Mamá, por Dios.

SOL. Estate quieta, hija, que ya vamos. Y usted, Pepe, ¿cómo por aquí?

PEPE. Vengo a saber del forastero. No sabía una palabra; me enteré esta mañana en la farmacia.

SOL. Pues está bien.

PURA. Dice el Doctor que, por fortuna, no ha sido más que el susto.

PEPE. ¿Y se sabe quién es?

SOL. Hasta ahora, no. Sólo le han encontrado un talonario de cheques.

PURA. Mamá, por Dios.

SOL. Hija mía, qué pesada estás. Ya nos vamos.

PEPE. Por mí no lo dejen ustedes.

SARITA. No haga usted caso, Pepe; llegamos a tiempo.

SOL. Esta Pura se acelera por nada; no es como ésta, que lo toma más en frío. Vaya, Pepito, hasta luego.

PEPE. Adiós, doña Sol. Hasta luego, señoritas.

LAS DOS. Hasta luego.

SOL. (Haciendo mutis por la derecha; con Pura y Sara.) Hija mia, cada vez estás más cargante.

ESCENA V

PEPE y a su tiempo CARLOS y un CRIADO.

PEPE. ¡Qué familia más original!... (Sale Carlos, apoyándose en un bastón, pero sin exagerar la nota. El bastón es una precaución, no una necesidad. Le acompaña el criado del hotel.)

CARLOS. Gracias, amigo; no te molestes.

CRIADO. No ha debido salir tan pronto.

CARLOS. Si esto no tiene importancia.

PEPE, Ese debe ser el forastero. (Acercándose.)

CRIADO. Sin embargo, señorito...

CARLOS. Anda; toma y déjame.

CRIADO. Muchas gracias, señor. ¿Qué nombre ponemos en el libro?

CARLOS. Carlos Villegas, marqués del Puerto.

CRIADO. A sus órdenes, señor marqués. (Mutis.)

PEPE. Es un título. (Se acerca a Carlos.)

CARLOS. (Se ha quedado mirando por donde se fue el criado, y sonriéndose dice.) Una más, qué importa.

PEPE. Caballero...

CARLOS. ¿Quién? (Asombrado al ver a su interlocutor.) ¡Pepe!

PEPE. ¡Carlos! (Cada vez más asombrado.) Pero chico, ¿eres tú?

CARLOS. El mismo. ¿Qué te sucede? (Pepe se da algunos golpes como para despertar de un sueño.) Pero ¿qué haces?

PEPE. ¿No lo ves? Sacudirme para ver si estoy despierto, porque debo estar dormido.

CARLOS. No te des tan fuerte, que te vas a lesionar:

PEPE. Según eso, ¿eres tú?

CARLOS. El mismo.

PEPE. ¿Y quién es ese marqués del Puerto que has mandado inscribir en el libro registro del hotel?

CARLOS. Yo.

PEPE. ¿Tú? ¿Pero has heredado?

CARLOS. No.

PEPE. Entonces no me explico. Carlos, ¿has hecho alguna locura?

CARLOS. En atención a que has sido siempre un buen amigo mío, no te contesto una grosería. ¿Qué sospechas?

PEPE. Perdóname. Pero, la verdad, no salgo de mi asombro. Yo te conozco a ti... tú eres Carlos Villegas... Villegas a secas. Y de repente te encuentro marqués y...

CARLOS. Comprendo tu asombro y lo justifico porque nos conocemos de antiguo; pero no puedo perdonarte que, en vez de preguntarme por mi salud, te detengas ante una injustificada sospecha

PEPE. Es verdad. Perdóname, pero tienes que explicarme...

CARLOS. Sí, hombre; sí. Siéntate y sabrás por qué me ves en este cambio de posición social, y por qué me encuentro aquí... es decir, aquí; ya te supongo enterado. Esta mañana estuve a punto de estrellarme contra un poyo de la carretera.

PEPE. Lo sé; te has salvado de milagro.

CARLOS. Gracias a mi serenidad y a mi práctica, a estas horas lo cuento. La motocicleta se hizo añicos. Yo perdí el conocimiento, y he debido tardar bastante en recobrarlo, porque cuando volví me encontré en una habitación de este hotel, rodeado de los servidores y del Doctor del establecimiento, donde me han tratado muy bien. Nunca podré pagar tantas atenciones.

PEPE. ¿Y qué venías a hacer a este pueblo?

CARLOS. No te impacientes. A este pueblo no venía yo; me dirigía a Santander. Venía de Burgos de visitar la catedral.

PEPE. Carlos, que estamos hablando en serio.

CARLOS. ¿Y consideras una broma lo que te digo? Pues, sí señor; venía de Burgos en dirección a Santander. Tenía muchos deseos de conocerlo; me han dicho que es hermoso. Tiene unas

magníficas playas y un gran Casino; ese era mi blanco principal. He visitado en dos meses las principales poblaciones de España, que no conocía y que tenía grandes deseos de ver. Ha sido lo que siempre envidio yo: viajar para conocer. Pero este incidente me ha detenido en la mitad de mi camino. Por fortuna no tiene importancia y pronto conoceré la capital. Mis últimas pesetas se quedarán en la Montaña.

PEPE. Amigo mío, hablas de viajes y de pesetas de una manera que me aturdes. Y como no te expliques...

CARLOS. La cosa es muy fácil de explicar. Hace dos meses me favoreció la suerte con un premio de cien mil pesetas.

PEPE. ¡Carlos!

CARLOS. Lo que oyes. Y yo que siempre concedí al dinero un valor relativo, decidí gastarlas en un plazo corto. Solicité un permiso de cuatro meses y salí a gozar de una vida tan regateada siempre para mí.

PEPE. Lo creo. Tú siempre fuíste un loco.

CARLOS. O un filósofo. Lo que me podrían producir cien mil pesetas sóla bastaría para disfrutar de un bienestar relativo, y yo quería gozar la vida en todo su esplendor, aunque fuera muy de prisa. Eso es todo. Lo de mi título de Marqués tampoco te debe alarmar: no existe más que para mí. Me lo concedí.

PEPE. Has procedido como un trastornado.

CARLOS. Amigo Pepe, he transigido con explicarte mi situación; pero no transijo por consejos de nadie.

PEPE. Perdóname.

CARLOS. Perdonado. Y ahora que sabes de mí todo lo qué deseabas saber, tengo perfectísimo derecho a saber de ti también. ¿Cómo estás aquí?

PEPE. He venido a casarme.

CARLOS. Enhorabuena. ¿Es rica la prometida?

PEPE. Mucho; y además una joven encantadora, muy simpática.

CARLOS. Pues te felicito. ¿Y cuándo te casas?

PEPE. Mi padre quiere que sea la semana próxima; mi suegro, mañana si posible fuera; pero mi novia y yo hemos acordado una prórroga.

CARLOS. Caramba, ¡qué raro!

PEPE. Lo parece, pero no lo es. Has de saber, amigo Carlos, que mi prometida y yo no nos queremos.

CARLOS. Cada vez más raro. ¿Está enamorada de otro?

PEPE. No; ella me ha confesado que no, y la creo. No tiene por qué mentir. Y yo, por lo que a ella se refiere, te confesaré que me sucede lo mismo: no la quiero.

CARLOS. Pobrecita. Si es tan bonita como dices.

PEPE. Ya tendrás ocasión de conocerla. Ya vendrán a saludarte; hoy eres el hombre del día. No se habla más que de ti; tienen

curiosidad por saber de tu salud y conocerte, sobre todo por conocerte.

CARLOS. En este pueblo deben ser todos muy buenos.

PEPE. No tienen otra cosa que hacer. ¿No lo dije? Por allí vienen. Vamos.

CARLOS. Te suplico guardes el mayor secreto de cuanto te he dicho. Quiero tener ilusiones aunque sólo sea cuatro meses.

PEPE. Descuida.

ESCENA VI

Dichos; don VICTORIO, don INOCENTE y FORITO. A su tiempo doña SOL, PURA y SARITA.

VICTORIO. (A Forito.) Aceptado, Forito. Esa excursión cinegética puede quedarse para la tarde.

FORITO. Disponemos de unos perros excelentes.

INOCENTE. Es mucho mejor para la tarde. La caza siempre es un ejercicio sano.

VICTORIO. Ya lo creo. Además de resultar, spórticamente hablando, paseo plácido, es hasta digestónico. Pero, calle; aquí está Pepito.

PEPE. Hola, señores. ¿Se tomó el agua?

FORITO. Sí, y venimos organizando una cacería para esta tarde.

INOCENTE. A usted se le invita.

PEPE. Con mucho gusto aceptaría; pero me he encontrado con este amigo, a quien no veía hace tiempo, y me debo a él. Es el joven que sufrió el accidente esta mañana.

FORITO. ¿El de la moto?

PEPE. El mismo.

VICTORIO. Caramba, joven; qué susto nos ha dado usted. La explosión la oyó todo el pueblo.

FORITO. La fuerza de los neumáticos.

VICTORIO. Yo no sé cómo se atreven a marchar tan de prisa por esas carreteras.

CARLOS. Lo hacemos sin darnos cuenta. Sin querer sentimos el vértigo de la velocidad.

INOCENTE. ¿Y está usted bien?

CARLOS. Sí, señores.

VICTORIO. Sinceramente nos alegramos que no haya tenido consecuencias.

CARLOS. Gracias, señores.

SOL. (Saliendo por la derecha con Pura y Sara.) Ahora conviene que demos nuestro paseíto, y luego volveremos a conocer a ese joven.

SARITA. Mira, mamá, aquél debe ser.

SOL. No lo creo. Debe ser un reumático. Muy buenas, señores. (Hace un ceremonioso saludo al desconocido.)

PEPE. ¿Ya de vuelta? Venga usted, que voy a presentarles al joven que sufrió el accidente esta mañana. (A Carlos.) Carlos, te presento a doña Sol del Olmo; una señora que se ha interesado mucho por tí.

SOL. Caballero...

CARLOS. Tanto gusto, señora.

PEPE. Purita y Sara, dos pimpollos nacidos bajo el rosal de esta señora.

CARLOS. Señoritas...

PEPE. Mi amigo Carlos Villegas, Marqués del Puerto.

SOL. Parece mentira, caballero, que haya podido escapar con vida de este accidente.

CARLOS. También a mí me parece.

SARITA. Hemos llevado un susto horroroso.

PURA. Hasta que el doctor no nos tranquilizó, temíamos por usted.

SOL. Pobrecitas; son muy buenas.

CARLOS. Yo lo agradezco mucho, señoritas.

SOL. Son muy impresionables, Marqués; sobre todo esta. Tiene un corazón frágil a cualquier impresión; temo que un día se le parta.

PURA. Mamá...

CARLOS. Yo agradezco mucho el interés que por mí se han tomado, y temo no poder corresponder como se merece.

VICTORIO. Vaya, joven, le dejamos a usted. Tanta conversación puede molestarle.

CARLOS. Nada de eso, señores; me encuentro perfectamente.

INOCENTE. Sin embargo, hartas molestias recibirá durante el día. Ya lo sabe toda la colonia. Ya verá, ya verá cuánta lata va a tener que aguantar.

PEPE. Vas a tener una verdadera recepción. Ya se lo he dicho yo.

SARITA. Ya lo oyes, mamá. Vamos a resultar insoportables.

SOL. Este don Inocente es un grosero.

FORITO. ¿No conoce usted este pueblo?

VICTORIO. Hasta la vista, joven, y crea sinceramente...

CARLOS. Gracias, señores.

FORITO. Adiós, Marqués. Si se encuentra mejor y se decide, queda usted invitado a la cacería.

CARLOS. Agradecido. Ya veremos. (Mutis al hotel.)

PURA. Y nosotras ¿qué hacemos, mamá?

SOL. Quedarnos. Las mujeres tenemos prerrogativas.

ESCENA VII

Dichos, menos VICTORIO, INOCENTE y FORITO.

PEPE. Anda, siéntate, porque, a pesar de todo, tienes que estar molesto.

SOL. Perdone, joven, que nos hayamos quedado. Sigan hablando

con entera libertad de sus asuntos. Mis hijas y yo nos quedamos aquí reposando un poco al agua, para luego salir a dar nuestro paseo.

CARLOS. Encantado de ello, señora.

SOL. ¿De que nos vayamos a paseo?

CARLOS. Al contrario, señora; de que ustedes se queden. (Se sientan Carlos y Pepe a la izquierda, cerca de la puerta del hotel, y doña Sol con sus hijas a la derecha del escenario.)

PEPE. Buena la has hecho.

CARLOS. ¿Pues?

PEPE. Has destrozado un corazón.

CARLOS. ¿El de esa señora?

PEPE. El de su hija.

CARLOS. ¿Cuál?

PEPE. Cualquiera de las dos. A doña Sol le es indiferente, el caso es casarlas. Una aventura así tal vez falte en tu corta vida de grandeza.

CARLOS. No las quiero; me asustan. Comprenderás que sembrar amor en mí sería un crimen y una cobardía.

SOL. Hijas mías, qué graves estáis. Con esas caras no impresionáis ni una película de guardias.

PURA. Pero, mamá, si es que...

PEPE. ¿Has telegrafiado a tu jefe?

CARLOS. No he querido alarmarle, me quiere mucho. Todavía recuerdo la cara de asombro que puso cuando se me ocurrió dilapidar este capital en la forma que lo hago.

PEPE. Lo creo.

SOL. Lo dicho; no servís para nada.

SARITA. ¡Ay, mamá, qué pesada te pones!

SOL. Por vosotras lo hago; pero creerme, si seguís así, no os casáis ni a plazos.

PURA. Mamá...

SOL. Vámonos. Estáis haciendo el ridículo. Adiós, joven; no se moleste. Ya sabe lo mucho que celebramos...

CARLOS. Gracias, señora.

PURA. Adiós, joven; tanto gusto.

SARITA. Adiós, Marqués.

CARLOS. Adiós, señoritas; muy agradecido.

SOL. Adiós, Pepe.

PEPE. Ustedes sigan... (Mutis foro izquierda.)

ESCENA VIII

CARLOS y PEPE

CARLOS. Pepe, qué hermoso es todo esto. Con esto soñaba yo. Ya no tendré envidia a nadie. Cuando otra vez detrás del mostrador en mi comercio vea entrar algún título o millonario en

busca, más de reverencias que de modas, le diré: No te envidio; ese que tu eres lo fuí yo, y más de prisa que tú.

PEPE. Y dime, Carlos, ¿no sentirás alguna vez pesar por lo que haces?

CARLOS. No lo creo. Y si alguna vez me fuese traidora mi fuerza de voluntad y sintiese pesar por lo que hago, me castigaría hasta hacerme creer qne todo fué un sueño.

PEPE. ¿Y has gastado mucho dinero?

CARLOS. No lo sé. Lo puse todo en cuenta corriente. Dividí el capital en cien partes. Si alguna vez he gastado más, ya me avisarán cuando quede la última peseta.

PEPE. Mil pesetas diarias.

CARLOS. En Monte-Carlo gasté más; en un día avancé una semana.

PEPE. ¿Jugaste?

CARLOS. Y perdí. Pero me acordé que aún quedaba mucho que andar, y al día siguiente me fuí.

PEPE. Oyéndote, me parece que oigo la lectura de una novela.

CARLOS. Lo que me place. Yo nací para ser protagonista de una novela.

PEPE. ¿Prevees el final?

CARLOS. Ni quiero. Procuro que tenga el mayor número posible de capítulos.

ESCENA IX

Dichos, DON CÁNDIDO y ELENA

CÁNDIDO. Anda, hija mía; por aquí debe estar. ¿No lo dije? Caramba, Pepito, nos hemos cansado de esperarle.

PEPE. (A Carlos.) Mi futuro suegro. Usted perdone, don Cándido. Buenas, Elena. Me entretuve charlando un rato con este amigo. (A Carlos.) Carlos, te presento a don Cándido del Pino, mi futuro suegro. Su hija Elena, mi prometida.

CARLOS. Caballero, tanto gusto. Señorita, a sus pies.

PEPE. Mi amigo Carlos Villegas, protagonista del accidente de esta mañana.

ELENA. ¿Es usted? Pobrecito. ¿Habrá recibido un golpe terrible?

CARLOS. Ciertamente, señorita; pero no todo lo grave que se creyó en un principio, puesto que estoy bien ya.

CÁNDIDO. Caramba, joven; qué atropellados son ustedes.

CARLOS. Yo le prometo, caballero, que en lo sucesivo caminaré más despacio, aunque tarde en llegar.

ELENA. Siempre se llega cuando se tiene voluntad.

CÁNDIDO. Esa fué siempre mi norma, joven. Si alguna vez me propuse llegar, lo hice a fuerza de caminar despacio. Hubo ocasiones que hasta las carretas me adelantaban, pero al fin llegaba.

CARLOS. Nunca me detuve a pensar de una manera tan práctica; pero

le aseguro que hoy, después de este percance, procuraré imitarle. (Se sientan Carlos y don Cándido en la mesa de la izquierda. Pepe y Elena en dos sillas, a la derecha.)

PEPE. Supongo, Elena. que me perdonarás; habrás justificado...

ELENA. No tienes necesidad de sincerarte, estamos de perfecto acuerdo.

CÁNDIDO. ¿Quiere usted un cigarrillo? (Se lo da.)

PEPE. Sin embargo, procuramos guardar las apariencias por no disgustar a nuestros padres.

CÁNDIDO. ¿Le ha visitado el doctor?

CARLOS. Sí, señor; no se separó de mí hasta que me vió fuera de peligro.

PEPE. (A Elena.) Somos amigos.

ELENA. ¿Hace mucho que no se veían?

PEPE. Unos meses nada más.

CÁNDIDO. ¿Qué mira usted, esa pareja? Están muy enamorados.

CARLOS. Me dijo mi amigo que había venido a casarse.

CÁNDIDO. Sí. Hemos convenido mi amigo César, el papá de Pepe y yo casarlos.

CARLOS. Y ellos ¿se quieren?

CÁNDIDO. ¿No se han de querer? El está muy enamorado, me lo aseguró su papá; y en cuanto a mi hija, ¿para qué asegurárselo a usted? Ya puede usted figurárselo.

CARLOS. Pepe sabrá hacerla feliz; le conozco.

CÁNDIDO. Tal creo. Ya sé yo que Pepe no tiene capital, pero su padre goza de mucho prestigio en la política; y esto, unido a mi fortuna, servirá de base para hacer mucho por la provincia.

CARLOS. ¿Quiere usted mucho a este pueblo?

CÁNDIDO. Yo no soy de aquí; yo vivo en Cáceres, donde nací. Aquí estoy de temporada; se empeñó el médico.

CARLOS. ¿Está usted enfermo?

CÁNDIDO. Sí; mejor dicho, no; es decir, no lo sé.

CARLOS. Caramba, tiene gracia.

CÁNDIDO. Sí, señor, la tiene. Verá usted. Todos los meses, unas veces por justificar la cantidad que le pago anualmente, y otras por pasar el rato, me visita el doctor. Se conoce que el hombre no encontraba pretexto para justificar tanta visita, y se empeñó en que yo estaba enfermo y que me convenía campo. Yo, que soy un hombre que no me gusta contradecir a nadie, me resigné y vine aquí.

CARLOS. Sospecho que los médicos exageran a veces.

CÁNDIDO. No lo crea usted. Los médicos no se equivocan nunca.

CARLOS. No son infalibles, don Cándido.

CÁNDIDO. Lo son. Una prueba: A usted, por ejemplo, le visita un médico y le dice: usted necesita someterse a un régimen especial, porque le encuentro delicado; y añade: por nada ni por nadie se aparte de él. Se expone a graves complicaciones.

Usted hace caso del médico, y sana; el médico acertó. Que, por el contrario, muere; pues acertó también; estaba usted herido de muerte. No lo dude; aciertan siempre.

CARLOS. Con esa lógica no hay manera de contradecirle.

CÁNDIDO. Natural. Y como el médico me aconseja campo, no quiero llevar sobre mí la responsabilidad de una equivocación. ¡Que acierte!

CARLOS. ¡Ja, ja, ja! Está bien.

ELENA. Es una historia interesantísima. ¿Hace mucho que se conocen ustedes?

PEPE. Fuímos condiscípulos.

ELENA. Pobrecito. Debe ser muy simpático.

PEPE. Mucho. En Madrid le queremos todos los amigos.

ELENA. Me da pena pensar lo que sufrirá cuando se vea otra vez como fué.

PEPE. No lo creo. Tiene mucha fuerza de voluntad. Con la misma facilidad que hoy se gasta el dinero, sabrá después olvidarlo.

ESCENA X

Dichos, doña SOL, PURITA y SARA, por la izquierda.

SOL. Andar, hijas, andar; qué ganas tengo que se termine la temporada.

PURA. Pero mamá...

PEPE. ¿Ya están ustedes de vuelta?

SOL. Sí, hijito, y aburridísimas.

SARITA. Ya nos sabemos el pueblo de memoria.

SOL. Es de lo más soso que he conocido; no se hace tertulia en ninguna parte.

CÁNDIDO. En estos pueblos no se estila. Son tan pequeños que lo tienen todo hablado.

SOL. Sin embargo, no me negará usted que en estas épocas nunca faltan jóvenes de buen humor que hagan más agradable la estancia. Pero lo que es aquí, sí, sí. Pocos hay y los pocos se pasan todo el día jugando a los bolos.

CÁNDIDO. Es un ejercicio que está en el programa del establecimiento.

ESCENA XI

Dichos, VICTORIO, INOCENTE y FORITO por el hotel, con aperos de caza.

VICTORIO. Caramba, joven; las fabrica usted de una manera alarmante.

FORITO. Le aseguro a usted que es cierto.

VICTORIO. Pero, joven; ¿cómo es posible que un perro?...

FORITO. Aquí tiene usted personas que seguramente me darán la razón. Le decía yo a don Victorio que la caza resulta muy entretenida, no solamente por la caza que se pueda traer, sino por ver la habilidad de los perros.

PEPE. Si, señor, don Victorio; los perros tienen un instinto extraordinario.

VICTORIO. Pero ¿cómo van ustedes a hacerme creer que un perro distingue un pájaro de otro?

FORITO. Muy sencillo; ya se lo he dicho a usted. En cuanto lleguemos al campo soltamos los perros, y ya verá usted cómo de repente uno de ellos se queda parado fijamente al suelo. Es que ha visto caza y la retiene con la vista.

VICTORIO. Eso ya lo sé yo, joven; y no veo...

FORITO. A eso voy. Si, por ejemplo, el perro se queda fijamente mirando al suelo y casi rastreando, es que se ha puesto una laguneja.

INOCENTE. Yo también he oído eso.

PEPE. No lo dude; son muy hábiles.

VICTORIO. Bien está. Pasemos por lo de la laguneja, pero, y las sordas, ¿cómo se ponen las sordas, eh? ¿Usted sabe, don Cándido, cómo se ponen las sordas?

CÁNDIDO. Sí, señor. Así... (Con la mano a la oreja.)

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

ESCENA XII

Dichos y el DOCTOR.

DOCTOR. Hola, señores. ¿Hay buen humor?

TODOS. Buenas, doctor.

DOCTOR. Cómo: ¿ya se atreve usted a salir?

CARLOS. Sí, señor. Me encuentro bien; esto no tiene importancia.

DOCTOR. A pesar de eso, le conviene un poco de reposo; tiene usted que estar molesto. Y ustedes ¿dónde caminan?

VICTORIO. Aquí con Forito; vamos a conocer la habilidad canina.

DOCTOR. Bien hecho. La caza es muy saludable.

FORITO. (A doña Sol.) Y ustedes ¿no vienen?

SOL. Quite, hijo, quite. ¡Estoy yo buena para esos trotes! Que vayan éstas si quieren. Yo voy a acostarme un poco.

PURA. ¡Ay! Sí, mamá. ¡Qué gusto!

CÁNDIDO. También nosotros les acompañaremos. Así esparciremos un poco el tedio. ¿Verdad, hija mía?

ELENA. Con mucho gusto. (A Carlos.) Y usted ¿no nos acompaña?

DOCTOR. De ninguna manera. Debe quedarse quieto, hoy por lo menos.

CARLOS. Pero, doctor, si yo...

DOCTOR. Ya tendrá ocasión de conocer esto. Hoy le condeno a reclusión.

ELENA. Se va a aburrir mucho. Pobrecito. ¿Quiere usted que nos quedemos haciéndole compañía?

CARLOS. De ninguna manera, señorita.

SOL. Ya me quedo yo.

PEPE. ¡Arrea! ¡Pobre amigo! ¡Se cayó!

FORITO. Bueno; pues nosotros nos vamos.
CÁNDIDO. Hasta luego, joven. Ya le contaremos los incidentes de la caza.
ELENA. (A Pepe.) Tu amigo me interesa.
PEPE. (Aparte.) Preveo que no tendré necesidad de disgustar a mi padre.
VICTORIO. (A Forito.) Como no sea verdad lo de los perros, no me vuelva a dirigir la frase. (Van haciendo todos mutis por el foro derecha en grupos animados, procurando ser de los últimos Elena, que no perderá de vista a Carlos.)

ESCENA XIII

CARLOS, doña SOL y DOCTOR.

DOCTOR. Ya le dejan a usted tranquilo. Le molestará tento barullo.
CARLOS. Todo lo contrario.
SOL. Y eso que usted ya estará acostumbrado. En las grandes capitales se alborota mucho entre la juventud «bien».
CARLOS. Pero de distinta manera. Aquella algazara aturde y molesta muchas veces.
DOCTOR. Bueno, pollo. Yo bien quisiera acompañar a usted, pero no puedo; mi cargo me llama a otra parte. He de hacer algunas visitas.
CARLOS. Lo que usted mande. Estoy muy agradecido.
DOCTOR. No se preocupe de ello. Hasta luego, doña Sol. Adiós, amigo, y ya sabe usted: no hagamos una locura.
CARLOS. Haré lo que usted mande. (Mutis doctor.)

ESCENA XIV

CARLOS y doña SOL

CARLOS. Estoy encantado, señora. Este pueblo es un paraíso. Son todos muy buenos.
SOL. Porque no los ha tratado. En visita y de prisa, todos nos parecen bien.
CARLOS. Tal vez sea así. Usted lleva más tiempo que yo y puede afirmarlo mejor. Pero a mí me ha parecido bueno.
SOL. De lo que nos congratulamos todos. Hubiera sido una descortesía presentarse de otra manera con un pasajero fortuíto y que estará pocos días.
CARLOS. Muy pocos. A ser posible, me iría mañana mismo.
SOL. ¿Tanta prisa tiene usted por dejarnos?
CARLOS. Todo lo contrario; pero debo marchar pronto. He de cumplir un compromiso y me quedan ya pocos días de plazo.
SOL. Hace usted bien. Los compromisos que se contraen deben cumplirse. En eso se parece usted a mi marido.
CARLOS. ¿Su marido? ¿Es alguno de esos caballeros que he saludado?

SOL. No, señor. No está aquí; el pobrecito no se puede mover de casa.

CARLOS. ¿Está enfermo?

SOL. No lo quiera Dios. Le detienen los negocios. Usted puede que le conozca.

CARLOS. No lo dudo. ¿Cómo se llama?

SOL. Braulio del Pozo. Es concurrente a la Peña del Gato, centro donde se reunen muchos literatos y hombres de negocios.

CARLOS. Sí le conoceré. En esa Peña acostumbro yo a pasar algunas horas.

SOL. Seguro que le conocerá. Es de la familia de los Pozos de Aranda; de origen noble. Su abuelo paterno fué uno de los primeros Pozos que se establecieron en Madrid.

CARLOS. Ahora caigo. (Aparte.) Caramba; esta señora miente más que yo y no puedo tolerarlo. Ahora verá.—Sí, sí; le conozco. Por cierto que, si no estoy mal informado, hay pleito por la legitimidad de los títulos de nobleza.

SOL. (Aparte.) Dios mío, ¿qué dice este joven?

CARLOS. Recuerdo leer una vez que los Pozos de origen arandés, o sean los de Aranda, de donde proviene el de su esposo, ostentaban un título noble; pero entablaron litigio contra ustedes otra familia, por creer que los títulos pertenecían a los Pozos Artesianos. ¿No es eso?

SOL. Sí, eso es. (Aparte.) Este joven me está tomando el pelo.

CARLOS. ¿Y sigue el pleito?

SOL. (Aparte.) Ahora verás.—No, señor. El tribunal falló a nuestro favor, reconociendo que el único Pozo noble era mi marido.

CARLOS. Según eso, somos los dos títulos de nobleza.

SOL. Así parece; pero en realidad el título sólo pertenece a mi marido. Pero no abusamos de él.

CARLOS. ¿Y por qué?

SOL. Tenemos otro litigio; hay muchos Pozos que pueden creerse con el mismo derecho.

CARLOS. Hace usted bien. Algo de eso me sucede a mí también.

SOL. ¿Tiene usted duda sobre su título de Marqués?

CARLOS. No es eso precisamente. Yo mi título de Marqués lo heredé de un tío. Pero ha de saber usted que nosotros somos dos hermanos gemelos.

SOL. ¿Y hubo duda sobre la sucesión?

CARLOS. Sí, señora. Pero tuvo feliz arreglo porque a mi papá le concedieron la banda de María Cristina, y se desvaneció la duda. Yo me quedé con el título y a mi hermano le tocó la banda.

SOL. (Aparte.) Decididamente, este joven me quiere echar.

CARLOS. (Aparte.) En osadía no quiero que me aventaje nadie.

SOL. Veo, joven, que rara coincidencia nos pone en el mismo caso.

CARLOS. Así parece. (Pausa breve.) Esta señora ha enmudecido.

SOL. No se me ocurre nada. Tiene un cinismo provocante. (Pausa breve.)

CARLOS. ¿Se aburre usted, señora?

SOL. No; es algo de amodorro. Tengo costumbre a estas horas de acostarme un poco.

CARLOS. Pues por mí no lo deje. Así como así estoy un poco rendido y no me vendría mal un descansillo al aire libre.

SOL. Decididamente, me echa. Pues no quiero molestarle. (Levantándose.)

CARLOS. Usted no molesta nunca, señora; estoy encantado.

SOL. Y yo, joven. Es usted muy simpático. Hasta después. (Haciendo mutis.) ¡Qué cínico es este joven!

ESCENA XV

CARLOS, despues ELENA.

CARLOS. Pobre señora. Se va asustada. Pero pretender ser más osado que yo... Eso sería una capitulación por mi parte; y no claudico yo tan pronto.

ELENA. (Saliendo por la derecha.) Tengo curiosidad por hablar con ese joven. ¿Estará aquí todavía?

CARLOS. Yo creo que no se enfadará el doctor porque dé un paseíto corto. (Al levantarse ve a Elena.) Señorita... ¿de vuelta ya?

ELENA. He debido perderme. ¿No ha venido mi papá? ¿Ha visto usted a Pepe?

CARLOS. No, señorita; no han venido.

ELENA. Pues los he perdido. Me quedé un poco entretenida charlando con una amiga a la puerta de la farmacia, y cuando quise recordar, no los ví.

CARLOS. Caramba, aquí todo el mundo miente más que yo.

ELENA. La verdad, no sé lo que hacer; en casa con las muchachas me aburro tanto, que...

CARLOS. Pues, nada. Si puede compensarse la pérdida con mi presencia aquí, yo gustosísimo, señorita, en acompañarla.

ELENA. Y yo encantada.

CARLOS. Supongo, señorita, que no será motivo de disgusto para usted.

ELENA. ¿Por qué?

CARLOS. Sé que van a casarse mi amigo Pepe y usted.

ELENA. Es cierto, pero no debe preocuparme. Mi prometido y yo nos conocemos lo bastante para no tener celos.

CARLOS. Pues, en ese caso, el encantado soy yo.

ELENA. ¿Se retiraba usted a descansar? (Sentándose.)

CARLOS. No. Me decidía a dar un paseo.

ELENA. Desatiende usted los consejos del doctor.

CARLOS. Quería distraerme un poco; me encuentro bien.

ELENA. ¿Piensa usted quedarse muchos días aquí?

CARLOS. No lo sé; quizá me decida a salir mañana mismo.
ELENA. ¿Tan pronto? ¿Por qué no se queda unos días más? Nosotros tendríamos un verdadero placer, y Pepe se alegraría mucho. Dice que es un buen amigo de usted.
CARLOS. Es cierto, señorita; y prometo que, a poder ser, les complaceré.
ELENA. Comprendo. Tal vez su familia estará impaciente por saber...
CARLOS. Yo no tengo familia.
ELENA. ¿Tampoco?
CARLOS. ¿Cómo dice usted?
ELENA. No, no... Nada... Ha sido... ¿He dicho alguna tontería, verdad?
CARLOS. Al contrario, señorita. Ha dicho usted una afirmación. Tampoco tengo familia.
ELENA. Perdóneme, caballero. He dicho una inconveniencia.
CARLOS. Nada de eso, señorita. Por lo que veo, mi amigo no ha estado lo suficientemente discreto que debió.
ELENA. No ha tenido él la culpa. Mi curiosidad le obligó a ello. Yo he sido la única culpable.
CARLOS. Siendo así, es como únicamente disculpo a mi amigo. Sólo lamento que mi secreto se haga público.
ELENA. Por mí le aseguro que nadie lo sabrá.
CARLOS. No podrá usted asegurar lo mismo con relación a mi amigo. Le ha faltado tiempo para contárselo a usted.
ELENA. No debe usted olvidar que Pepe ha venido a casarse conmigo.
CARLOS. Es verdad. Esas confidencias sólo se tienen con la persona que más íntimamente nos liga.
ELENA. Según eso, Pepe es su mejor amigo.
CARLOS. Lo fué.
ELENA. ¿Ya no lo es?
CARLOS. Dejó de serlo cuando violó su palabra.
ELENA. Es usted implacable.
CARLOS. Procuro ser sincero. Y para probar que es así, con mucho gusto satisfaré su curiosidad.
ELENA. Caballero, por Dios, que yo...
CARLOS. Perdóneme, señorita; no he querido ofenderla. Digo solamente que usted tiene curiosidad por saber de mí por lo extraño de mi aventura, y puedo asegurar, sin miedo a equivocarme, que usted no tiene curiosidad por saber mi vida, sino interés por saber de mí; porque yo, no sólo la intereso, sino que siente por mí alguna simpatía.
ELENA. Es usted extraordinario.
CARLOS. Algo de extraordinario tengo. Yo sé que usted ha vuelto aquí para hablar conmigo.
ELENA. Supongo, caballero, que no...
CARLOS. Soy un hombre de honor, y sé los respetos que se deben a una señorita. Yo no puedo juzgar equivocadamente su llega-

da aquí, puesto que la he confesado que más que curiosidad por saber, siente usted piedad, porque me juzga loco. ¿No es así?

ELENA. Cierto. Pero yo le aseguro que me he perdido, y por eso vine aquí.

CARLOS. Y yo se lo agradezco mucho, señorita. Unicamente sentiría que mi amigo se molestara por esta preferencia.

ELENA. Sigue usted ofendiéndome.

CARLOS. Sigo hablando con claridad.

ELENA. Según eso, usted supone...

CARLOS. No he sido nunca quijote para hacerme suposiciones ridículas. Creo adivinar que usted no le quiere.

ELENA. Ya es mucho adivinar.

CARLOS. Y creo también que mi amigo no es ajeno a esta suposición.

ELENA. Luego usted cree...

CARLOS. Que ustedes no se quieren, aunque se van a casar.

ELENA. Yo sí le quiero.

CARLOS. Pero no le ama. Usted se casa con él porque así interesa a sus padres; pero tronchan su felicidad con este matrimonio porque usted ama a otro.

ELENA. Puedo asegurarle que hasta hoy no he amado a ninguno.

CARLOS. Pero me asegura que hoy ama, y no es a él.

ELENA. ¿Eso he dicho?

CARLOS. Lo ha confesado sin querer. Pero tranquilícese; no trataré de averiguar un secreto que sólo a usted pertenece.

ESCENA XVI

Dichos y doña SOL.

SOL. (Por el hotel; viendo la pareja.) «Cosas veredes el Cid, que no creyeres...» Muy buenas, jóvenes. ¿Usted aquí, Elena? Pronto regresaron de la excursión.

ELENA. (Algo turbada.) Sí; es decir, no... Me entretuve charlando con una amiga...

SOL. Y se perdió usted, ¿no es eso?

ELENA. Así es. Supongo, señora, que no pensará usted...

SOL. Yo que he de pensar, hija mía. Es una cosa muy natural. Se perdió usted y vino aquí, donde seguramente vendrán a buscarla.

CARLOS. Qué señora más cargante.

ESCENA ULTIMA

Dichos, don CANDIDO y PEPE.

CÁNDIDO. ¿Pero dónde se habrá metido esa muchacha? Aquí está.

PEPE. Elena, por Dios. Nos has dado un susto...

CÁNDIDO. ¿Pero dónde te metiste?

ELENA. Papá, fué que...

SOL. Se perdió hablando con unas amigas, y vino aquí a conversar con el señor Marqués.

CARLOS. Cierto, caballero. Su hija de usted creyó oportuno venir aquí, donde seguramente vendrían ustedes.

CÁNDIDO. Está bien, joven; pero ha debido comprender que no es este el sitio indicado para perderse, digo, para encontrarse. Debió esperar en casa.

PEPE. Nunca mejor ocasión para deshacer el compromiso.

ELENA. Papá, es que en casa...

SOL. Se aburría, y aquí, con el señor Marqués, estaba más distraída.

CARLOS. Pero qué señora más impertinente.

CÁNDIDO. Sin embargo, has debido ser más juiciosa.

CARLOS. Veo con dolor que juzga usted de una manera poco piadosa el proceder de su hija.

ELENA. Según eso, he cometido una ligereza.

CARLOS. Caballero, por Dios...

PEPE. Nunca mejor ocasión. Ha llegado el momento de que yo intervenga en este asunto. No solamente ha cometido usted una ligereza, sino también una torpeza.

ELENA. Pero. papá, ¿qué es esto?

CARLOS. (A Pepe.) Caballero...

PEPE. No es a usted a quien pido explicaciones.

CARLOS. Ni yo se las daría. Señor mío, estoy a sus órdenes.

SOL. Esto se pone grave.

CÁNDIDO. Ha de saber usted que mi hija se iba a casar con éste.

CARLOS. ¿Y este incidente impide realizarlo? Si es así, esta señorita debe alegrarse de ello. No le quería.

PEPE. A usted no debo demostrar lo contrario.

ELENA. Basta. Le prohibo a usted que me siga juzgando de esa manera.

CÁNDIDO. Elena...

ELENA. Yo no puedo casarme con un hombre que pone en duda mi reputación.

CÁNDIDO. Pero, hija mía; pero, Pepe...

ELENA. Lo dicho. Que ha roto todo compromiso.

PEPE. Lo que me place. Usted comprenderá, don Cándido, que después de esto mi presencia aquí se hace incompatible.

CÁNDIDO. Me parece, amigo Pepe, que juzgamos con alguna ligereza.

PEPE. Usted puede juzgarlo como le parezca. Yo no puedo permanecer un minuto más aquí. Adiós; y usted y yo ya nos veremos.

CARLOS. Cuando guste. (Mutis Pepe.)

CÁNDIDO. Pero, hija mía, ¿qué has hecho? Y usted, caballero, ya podía haberse estrellado tres kilómetros más allá.

CARLOS. No tengo la culpa.

ELENA. Estoy muy contenta, papá. Este matrimonio me hubiera hecho muy desgraciada.
CÁNDIDO. Pero ¿tú no le querías?
ELENA. No, papá. Me casaba con él por no contradecirte; pero no podía quererlo.
SOL. Su hija de usted ama a otro.
CÁNDIDO. Usted qué sabe, señora.
ELENA. Sí, papá, amo a otro, y con nadie me casaré sino es con él.
CÁNDIDO. Caramba. qué cosa más rara. Nunca lo hubiera creído.
SOL. El señor Marqués debe conocerle.
CARLOS. Suplico, señora, me apee el tratamiento. En mi título de Marqués existen las mismas dudas que en el de su esposo de usted...
SOL. Lo sospechaba.
CÁNDIDO. ¿De manera que usted no es Marqués?
ELENA. No, papá; ya te contaré.
CARLOS. Ya tendrá usted ocasión de saberlo. Pienso avecindarme en Cáceres para contarme entre los vecinos de usted.
CÁNDIDO. Tendré en ello mucho gusto. Pero no comprendo.
SOL. Pues lo ve un ciego. Que su hija y el forastero...
CÁNDIDO. ¿Cómo? ¿Será posible? Señores, qué cosas.
CARLOS. Gracias, Elena. Un accidente fortuíto me detiene en la mitad de mi torpe carrera y me lleva a la realidad, haciéndome el hombre más feliz de la tierra.
ELENA. Carlos...
SOL. ¡Oh, tempora! ¡Oh, mores!
CÁNDIDO. ¿Qué dice usted, señora?
SOL. Nada; que estamos en el tiempo de las moras.

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LOS ULTIMOS.—Boceto dramático en cuatro cuadros, música del maestro Alfageme.

RAUL.—Comedia lírica en dos actos y tres cuadros, música de los maestros E. y P. Vilches.

EN EL BARRIO DE LA PAZ O A VER SI VA A PODER SER.—Sainete lírico en un acto y tres cuadros, música de los maestros Pedro R. Vilches y Ricardo Sendra.